

EN DEFENSA DEL LIBRE MERCADO

El argumento moral
en favor de una economía libre



EN DEFENSA DEL LIBRE MERCADO

El argumento moral
en favor de una economía libre

PADRE ROBERT SIRICO

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL: L. SILVINA FLORIA



MADRID BARCELONA MÉXICO D.F. MONTERREY
BOGOTÁ BUENOS AIRES LONDRES NUEVA YORK

LID Editorial Empresarial, S.R.L.
Donato Álvarez 936 - 10° L
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel. (011) 4585-1488
info@lideditorial.com
LIDeditorial.com

Padre Robert Sirico

En defensa del libre mercado / Padre Robert Sirico. - 1a ed. - Buenos Aires :

LID Editorial Empresarial, 2018.

272 p. ; 21 x 15 cm.

Traducción de: L. Silvina Floria ; Mario Silar.

ISBN 978-987-4467-02-7

1. Actividad Económica. 2. Mercado. 3. Ciencias Sociales y Humanidades. I.
Floria, L. Silvina, trad. II. Silar, Mario, trad. III. Título.

CDD 338.9

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Editorial y patrocinadores respetan íntegramente los textos de los autores, sin que ello suponga compartir lo expresado en ellos.

© LID Editorial Empresarial 2018

ISBN: 978-987-4467-02-7

Directora editorial: María Laura Caruso

Editora de la colección: María Laura Caruso

Edición: MLC, Servicios Editoriales

Diseño: Cecilia Ricci

Corrección: Marisol Rey

Traducción al español: L. Silvina Floria

Revisor de la traducción: Mario Silar

Te escuchamos. Escríbenos con tus sugerencias, dudas, errores que veas o lo que tú quieras. Te contestaremos, seguro: queremosleerteati@lideditorial.com

“Hace tiempo que esperaba con ansias un libro como este del padre Sirico. Nos ha entregado una obra magnífica. *En defensa del libre mercado* va más allá de lo que su título sugiere. Celebra el milagro de la libertad y señala a una generación perdida el rumbo hacia la sociedad libre y virtuosa”.

—**Lawrence Kudlow**,
presentador de “The Kudlow Report”, de la CNBC

“El padre Robert Sirico es una voz que debe ser escuchada. *En defensa del libre mercado* ofrece una sólida perspectiva cristiana sobre el capitalismo y los mercados libres, y argumenta de modo convincente que no es posible entender la economía y el funcionamiento de los mercados sin entender la verdadera naturaleza del hombre”.

—**Chuck Colson**,
*fundador de Prison Fellowship®
y de Colson Center for Christian Worldview*

“El autor de *En defensa del libre mercado*, sagaz economista y también teólogo inspirador, aborda la moralidad del emprendimiento y nos lleva de viaje hacia la sociedad libre y virtuosa, animada por la creatividad humana a imagen del Creador”.

—**George Gilder**,
autor de Wealth and Poverty

“Tal como señala con acierto el padre Sirico, ningún otro sistema en la historia ha sacado a más gente de una condición de pobreza abyecta que el capitalismo, pero el capitalismo sin brújula moral conduce a un sistema y a una sociedad perdidos en la jungla. *En defensa del libre mercado* nos recuerda la responsabilidad moral de la libertad, y al mismo tiempo nos ofrece la perspectiva de mirar más allá de nuestros propósitos y deseos inmediatos hacia la clase de futuro que imaginamos para nuestros hijos y nuestra nación”.

—Dave Van Andel,
presidente del Directorio y director ejecutivo de Van Andel Institute

“Si usted cree que ‘algo en nuestro mundo está perturbado, trastornado, dislocado’, lea el nuevo libro del padre Sirico. Es una travesía que vale la pena hacer”.

—William E. LaMothe,
presidente y director ejecutivo, hoy retirado, de la compañía Kellogg’s

“Refrescante, inspirador y alentador, el padre Robert Sirico entiende cómo los seres humanos pueden triunfar económica y espiritualmente en la vida, y ofrece respuestas claras a los argumentos contra la capacidad de las personas para tomar el destino en sus propias manos. *En defensa del libre mercado* es de lectura obligada para la actual y próxima generación de líderes”.

—Dr. Juan José Daboub,
exdirector gerente del Banco Mundial

“El padre Robert Sirico es un apóstol de la libertad. Durante más de dos décadas ha explicado de un modo persuasivo el valor de la libertad económica para ayudar a los pobres a ser productivos, creativos y virtuosos. Y ha logrado difundir el libre intercambio de las ideas económicas en los círculos

teológicos, al demostrar que la tradición cristiana y las ideas económicas pueden enriquecerse mutuamente. Este libro propone ese importante argumento”.

—**Father Raymond J. de Souza,**
Columnist del National Post de Canadá

“Mi hermano, el padre Robert, dice lo que piensa y piensa lo que dice. ¡Es un libro maravilloso!”.

—**Tony Sirico,**
*actor de cine y televisión que interpretó a Paulie Gualtieri
en Los Soprano*

“El Acton Institute del padre Sirico ha ayudado a cambiar la manera en que personas de todo el mundo conciben la libertad. Y los pasajes introductorios de este nuevo libro captan nuestra atención y no nos dejan abandonarlo. El resto del libro sostiene la promesa que hace al principio. Sus explicaciones de términos clave son inusualmente claras. La frase central de su texto es ‘A MENOS QUE...’”.

—**Michael Novak,**
*Exembajador estadounidense ante la
Comisión de Derechos Humanos de la ONU*

“Todo estadounidense a quien preocupe nuestra economía y la erosión de la libertad individual debería leer este libro perspicaz y de sólida argumentación del padre Sirico. Deja absolutamente en claro que nuestra prosperidad no vendrá de la mano del Gobierno, sino del poder comprobado de las libertades económicas y personales en el marco de la libre empresa estadounidense”.

—**Rich DeVos,**
*cofundador de Amway y presidente del
Directorio de Orlando Magic*

A

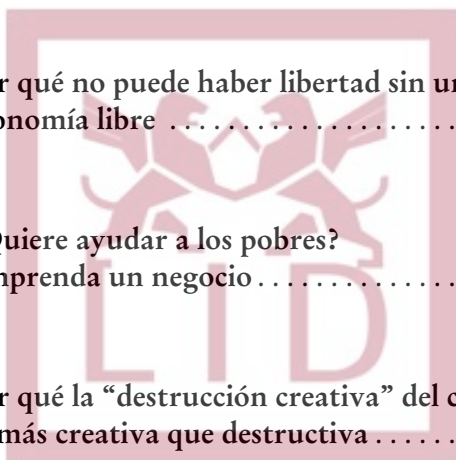
Kris Alan Mauren

Eclesiástico 6:14-17



Índice

	Introducción	
	¿El fin de la libertad?	13
01	Izquierdista a medio camino	21
02	Por qué no puede haber libertad sin una economía libre	39
03	¿Quiere ayudar a los pobres? Emprenda un negocio	63
04	Por qué la “destrucción creativa” del capitalismo es más creativa que destructiva	87
05	Por qué la codicia <i>no</i> es buena; y por qué puede desarrollarse más en el socialismo que en el capitalismo	107
06	El ídolo de la igualdad	129
07	Por qué funciona la caridad inteligente y no funciona el sistema de bienestar	147



08 La salud de las naciones: por qué el cuidado sanitario subvencionado por el Estado no es compasivo ... 169

09 El cuidado del medioambiente no necesariamente significa “Gran Gobierno” 193

10 Teología para el hombre económico 213

Epílogo..... 231

En defensa del libre mercado, edición italiana ... 235

Agradecimientos 253

Índice alfabético 255



Introducción

¿El fin de la libertad?

¿Han visto alguna vez una fotografía nocturna de la Tierra? Las luces aparecen diseminadas por todo el globo, allí donde los seres humanos viven, trabajan y prosperan. Sin embargo, una extraña silueta en blanco asoma en la parte superior de la península de Corea, y sobresale aún más porque la parte inferior de la península, Corea del Sur, es un despliegue de luminosidad. El parche oscuro es la Corea del Norte socialista, donde la gente vive en condiciones de pobreza tan extrema que de noche su país permanece a oscuras. El único pequeño punto de luz es Pyongyang, donde las élites del partido disfrutan de las bondades del trabajo miserable del pueblo norcoreano, básicamente esclavo. El resto de Corea del Norte está sumido en la oscuridad.

La mitad iluminada de la península nos ofrece un panorama de cómo se ve el mundo con libertad —libertad para crear, prosperar y, obviamente, iluminar—. Pero esa fotografía también contiene una imagen de cómo podría verse el mundo si se extinguiera la antorcha de la libertad humana y las civilizaciones se vieran envueltas en la oscuridad.

Habrán quienes digan que la posibilidad no es más que retórica alarmista. Seguramente, las cosas seguirán como siempre. ¿Acaso no ha sido siempre así?

A esas personas, me limitaría a señalarles la historia humana. La lección es sencilla: las civilizaciones fracasan. Y la razón por la cual fracasan también es sencilla: cuando las virtudes civilizatorias se erosionan desde dentro, la gente pierde la capacidad de defender las cosas buenas que esos hábitos permitieron conseguir a las generaciones anteriores. Pensemos en la antigua Grecia o en el Imperio romano, o en la Alemania de los años treinta del siglo xx. Entre muchos otros ejemplos.

Miremos a nuestro alrededor. Dejando de lado las dos guerras mundiales, el actual nivel de endeudamiento global no tiene parangón¹. Cuando una generación toma prestado más de lo que la generación siguiente podrá devolver, tarde o temprano esa sociedad ha de enfrentarse a un momento crítico.

Consideremos también el invierno demográfico que se cierne rápidamente sobre Europa. ¿Acaso los europeos han perdido la esperanza y por eso están perdiendo el deseo de tener hijos? ¿O criar hijos se ha convertido, sencillamente, en una molestia excesiva para una cultura que está cada vez más interesada en los placeres del momento? En ambos casos, las consecuencias son graves. Toda la discusión en torno a una crisis del sistema de planes de pensión en Europa enmascara lo que, en realidad, es una crisis moral: Europa se está tornando estéril, y los lazos que vinculaban una generación con la siguiente se han visto debilitados por un Estado paternalista que ha asumido todas las tareas que solían desempeñar los padres en el cuidado de sus hijos y los hijos en el cuidado de sus padres mayores. El resultado es una población que envejece y que, en muchos casos, está alejada de sus hijos. En este contexto, ¿quién estará dispuesto a producir la multitud de bienes y servicios que los europeos mayores requerirán para disfrutar de los muchos años de ocio que esperan vivir? Toda la prestidigitación financiera del mundo no logrará eliminar el problema que representa pedir a cada vez menos trabajadores que produzcan bienes y servicios para

1. Fondo Monetario Internacional, “A History of World Debt: How public debt has changed since 1880”, *Finance & Development*, marzo de 2011, disponible en línea en <http://www.imf.org/external/pubs/ft/fandd/2011/03/pdf/picture.pdf>.

una cantidad cada vez mayor de jubilados —con quienes probablemente los trabajadores tengan poca conexión personal o vínculo afectivo—.

También en los Estados Unidos se observa una evidente tendencia en la misma dirección. Nuestra tasa de natalidad ha disminuido hasta quedar apenas por encima de la tasa de reemplazo, y a la vez, cada vez son más los jóvenes, varones y mujeres, que optan por relajarse y disfrutar de los beneficios de nuestra prosperidad en lugar de criar una nueva generación que los continúe.

Al mismo tiempo, la opción por el hedonismo en lugar de la excelencia alcanzada con esfuerzo hace que muchos jóvenes norteamericanos de familias de clase media puedan verse superados al competir con jóvenes más laboriosos en un mercado de trabajo cada vez más globalizado.

Conviene, además, considerar el colapso de la confianza, la integridad y la libertad responsable, que contribuyó tremendamente a la persistente crisis financiera que estalló en 2008.

Todas estas tendencias tienen algo en común: la incapacidad egoísta para mirar más allá de nuestras vidas. La actitud está perfectamente resumida en las palabras del economista cuyas teorías desacertadas tanto han hecho para arrastrar a muchas naciones a la bancarrota. John Maynard Keynes dijo: “En el largo plazo estaremos todos muertos”. En esta simple oración, captó todo aquello que faltaba en su cosmovisión económica y mucho de lo que hoy funciona mal en los Estados Unidos y el mundo.

Muchos hemos perdido la esperanza. Podemos esperar divertirnos mañana o el próximo fin de semana. Pero una esperanza inspirada en una imaginación más rica, en la que nos proyectemos y nos comprometamos con un futuro caracterizado por el florecimiento humano para nosotros mismos y para las generaciones futuras, para nuestras comunidades y la nación, esa esperanza —sostengo— se ha venido erosionando durante los últimos cincuenta años, y la hemos reemplazado por una visión de nosotros mismos desprovista de destino y vocación, sin propósito digno.

El problema no es un simple juego de cifras y no puede resolverse con tan solo manipular este o aquel renglón del presupuesto, o con sacar un pequeño residuo del sistema aquí o allá. Lo que amenaza con poner fin a la libertad es que nos hemos olvidado del fin de la libertad en el otro sentido: su objetivo o propósito.

Estamos rodeados por la confusión. Libertad se confunde con permisivismo, amiguismo con capitalismo, mera escolaridad con educación, seguridad social con genuina solidaridad intergeneracional, y verdadera responsabilidad social con tomar dinero de un grupo para dárselo a otro, sin importar la devastación cultural que esto genera en los receptores de esta forma *orwelliana* de “bienestar”. Hemos llegado a creer que el burócrata gubernamental es un buen samaritano.

Muchísimos confunden economía de mercado con consumismo, y consideran que una mentalidad de comprador compulsivo es el resultado y el propósito de la libertad económica. Pero el consumismo es la idea tergiversada de que solo al *tener* más podemos *ser* más. En lugar de la fórmula cartesiana: “*cogito ergo sum*” (‘pienso, luego existo’), hay quienes han llegado a creer que el salir de compras es prueba de la existencia: “*consumo ergo sum*”. El consumismo es una conducta incorrecta no porque las cosas materiales sean incorrectas. El consumismo está mal porque rinde adoración a cosas que están por debajo de nosotros.

Lejos de ser sinónimo del capitalismo, el consumismo, a la larga, imposibilita el capitalismo, puesto que hace imposible crear capital. Una cultura consumista no es una cultura del ahorro, de la sobriedad. Está demasiado obsesionada con la compra del siguiente juguete como para alguna vez posponer la gratificación, ahorrar e invertir para el futuro. El punto es elemental: no es posible que haya capitalismo sustentable sin capital; no puede haber capital sin ahorro, y no puedes ahorrar si corres a gastar todo lo que has ganado. Pero la confusión se ha acentuado tanto que hoy mucha gente no tiene oídos para oírlo. De hecho, las políticas del Banco Central de los Estados Unidos de Norteamérica parecen reforzar este hábito reduciendo casi a cero las tasas de interés, negando así a la gente una recompensa material —en la forma de intereses sobre sus ahorros bancarios— por renunciar al consumo.

¿Puede ser mera coincidencia que nos veamos acuciados por la decadencia precisamente cuando la cosmovisión judeocristiana se ha retirado del espacio público? Sufrimos una crisis de confianza a raíz de la cual nadie puede juzgar una idea, persona o cultura sin ser a su vez, tildado de absolutista o incitador al odio. La idea parece ser que todas las cosmovisiones pueden reunirse en un campo supuestamente neutral de relativismo secular y donde “todas se llevan bien”. Los más resonantes partidarios de la tolerancia se han convertido en los más intolerantes, y ni siquiera parecen advertir la contradicción. Mientras tanto, muchos de nosotros parecemos haber olvidado que los relativistas seculares tienen su propia visión del mundo. Los hemos designado —a ellos, que en realidad son nuestros contrincantes— árbitros en la contienda cultural de ideas, para luego sentarnos y preguntarnos por qué el país parece haber perdido la lógica moral vivificante que alguna vez lo sostuvo.

Cuando la cosmovisión judeocristiana es reemplazada por un materialismo filosófico vagamente formado y solo en parte reconocido, entonces todo lo que importa es lo que podamos obtener para nosotros hoy. Lo que se pierde es un sentido de la historia como algo significativo y lineal, como algo que transcurre hacia una gran consumación. Cuando una persona pierde eso, cuando todo un pueblo pierde eso, cuando las instituciones que sirven para organizar y gobernar a un pueblo pierden eso, la pérdida es grave y estrepitosa.

Cuando la libertad se divorcia de la fe, tanto la libertad como la fe sufren. La libertad pierde el timón, porque la verdad marca el rumbo a la libertad. El más hábil actor político, enarbolando la más llamativa y novedosa política o programa, puede llevar a la gente de las narices. La libertad sin orientación moral carece de estrella guía. Por otro lado, cuando un pueblo renuncia a su libertad en favor del Gobierno —libertad para elegir entre opciones morales, económicas, religiosas y sociales, y asumir la responsabilidad personal por las consecuencias—, la virtud tiende a diluirse y la fe misma se va enfriando. La teocracia es la destrucción de la libertad humana en el nombre de Dios. El libertinaje es la destrucción de las normas morales en el nombre de la libertad. Nada de eso funciona.

El vínculo entre libertad económica y moralidad pública no es tenue; es claro y directo. La libertad económica existe donde se respetan la propiedad privada y el Estado de derecho. Miremos el caso de la Rusia moderna: una cultura de ricos y pobres con apenas una pequeña y sufrida clase media —debido a la corrupción rampante en sus instituciones de pseudomercado—. En tanto unos pocos amigos de los más altos funcionarios del Gobierno juegan el papel de exitosos, la vasta mayoría de la población, incluida la clase de los pobres que aspiran a ser empresarios, a menudo se choca contra una pared irremontable de amiguismo e información privilegiada.

Si tomamos la otra cara de la moneda, la historia muestra que las sociedades que mantienen un consistente respeto por la inviolabilidad de la propiedad privada y otros derechos económicos también tienden a exhibir culturas relativamente íntegras, junto con estándares de vida cada vez mejores, no solo para los ricos, sino también para la clase media y los pobres.

Una advertencia: ya que empezamos a hablar de derechos, debemos ser muy claros acerca de a qué nos referimos, porque gran parte del daño causado contra la libertad humana se ha cometido en nombre de presuntos “derechos”. La defensa moral de la libertad exige que distingamos entre derechos y privilegios, entre sociedad y Gobierno, entre comunidad y lo colectivo. Los derechos, la sociedad y la comunidad son todos parte del orden natural de la libertad. Los privilegios, el Gobierno y lo colectivo no están del todo separados, pero esencialmente difieren en cuanto a que se apoyan en la coerción.

Un argumento moral en favor de la libertad económica no debería rehuir sus propias implicancias lógicas, independientemente de lo políticamente pasado de moda que esté. El imperativo contra el robo y en favor de la seguridad de la propiedad privada también implica cautela respecto de impuestos que superen el mínimo necesario para el Estado de derecho y el bien común. La libertad para contratar debe incluir la libertad para no contratar.

A veces se dice que nadie sueña con el capitalismo —hay que reconocer que es una palabra restrictiva y problemática—. Esto debe cambiar. Bien entendido, el capitalismo es el componente económi-

co del orden natural de la libertad. El capitalismo ofrece una amplia titularidad de bienes, reglas justas e iguales para todos, adhesión estricta a las normas de la propiedad, oportunidades para la caridad y un uso prudente de los recursos. En todos los sitios donde ha sido verdaderamente implementado, ha significado creatividad, crecimiento, abundancia y, más que nada, la aplicación económica del principio según el cual todo ser humano posee dignidad que exige ser respetada.

Y por favor, no me digan que el libre mercado es un mito, simplemente porque en ningún lugar ha existido en forma pura. Explíqueme eso a mi abuelo. Llegó a los Estados Unidos con treinta y cinco dólares en el bolsillo, y, sin embargo, casi todos de sus trece hijos progresamos hasta formar parte de la clase media. El capitalismo, bien entendido y practicado, ha permitido que cientos de millones salieran de la pobreza extrema y pudieran hacer uso de capacidades y talentos que nunca hubieran descubierto, y forjarse oportunidades que sus abuelos nunca hubieran soñado posibles. La economía libre es un sueño digno de la imaginación de nuestro espíritu.

La buena noticia es que el camino hacia la decadencia no es inevitable. La renovación es posible. Una visión fatalista es no solo insatisfactoria, sino irreal. Enfrentamos una crisis profundamente arraigada, pero el resultado de esa crisis de ningún modo está determinado. Mi mensaje no es el del evangelista de la calle con su letrero “El fin está cerca”. Mi mensaje en las páginas que siguen es, más bien, que el fin de la libertad y el florecimiento humano en los Estados Unidos se acerca... *a menos que*. En esa frase, “a menos que”, hay esperanza; suficiente esperanza, creo, para inspirarnos y conducirnos a un nuevo renacimiento, una renovación del fundamento moral de la economía libre.

En 1990, Kris Mauren y yo creamos una institución dedicada a defender y promover la sociedad libre y virtuosa, porque creíamos en ese “a menos que”. El Acton Institute for the Study of Religion and Liberty está dedicado a recuperar ciertas verdades inmutables sobre la libertad política, económica y religiosa. Estas verdades inmutables incluyen algunas percepciones nuevas estimulantes, pero, a la vez, con los pies en la tierra, algunas nociones de sentido común,

como no matar a la gallina de los huevos de oro, no dejar atrapado tu talento más creativo en una telaraña regulatoria, y no enseñar a nuestros ciudadanos que todos pueden vivir a expensas de otro.

He estado diciendo estas cosas durante el tiempo suficiente para saber que algunas personas estarán encantadas de “oír eso, por fin, de un predicador”, en tanto a otras las escandalizará escuchar eso de boca de un sacerdote católico, y de un hombre que junto con Jane Fonda y Tom Hayden fue un activista de esa nueva izquierda de principios de los años setenta del siglo pasado, nada menos. Pero no deberían sorprenderse. Crecí. Y cuando volví a mi fe e ingresé en el seminario, también recuperé una comprensión profunda del verdadero fin —el verdadero propósito— de la libertad humana. Al recobrar esa comprensión, también redescubrí el manantial de la libertad humana y empecé a ver el camino que se abre ante nosotros.

Pero me estoy adelantando. Mi historia empieza en un entorno hogareño, un par de pequeños departamentos enfrentados sobre la tienda de trenes Lionel en la avenida Coney Island de Brooklyn, Nueva York, donde un niño italiano de cinco años estaba a punto de tener un encuentro con una señora judía —una refugiada, la llamaban—, encuentro que moldearía el curso de su vida y le dejaría un deseo inagotable de entender y promover la dignidad humana.